

Estimadas familias y educadores:

Finalizando estos meses de servicio en la dirección de Maturana, quiero despedirme compartiendo una experiencia de mi anterior período en el colegio:

Era el año 1998. Un día, a eso de las dos de la tarde, cuando el patio estaba casi desierto, un adolescente de segundo de liceo driblaba adversarios imaginarios y tiraba al aro en la cancha de básquet.

Como lo había hecho ya otras tantas veces, me acerqué y comenzamos a jugar al “veintiuno”. Ágil y vivaracho, siempre ganaba él, más aún a aquella hora de modorra “siestera” para mí.

Esa tarde, sin embargo, gané el primer veintiuno. Luego nos desafiamos a un segundo juego, que también gané. Cuando iba ganando el tercero, recién en el tercero, me di cuenta que algo pasaba:

-¿Qué hacés? – le dije-. ¡Te estás dejando ganar!

- ¡Claro! – respondió dando por obvia la respuesta- ¿no sabés que a cada cura Dios le manda uno que lo haga feliz?

Y añadió con una sonrisa: - Hoy yo soy el tuyo.

Doce años después me ha tocado andar de nuevo el mismo patio. ¡Y nadie me ha dejado ganar un veintiuno! Pero sí muchos, entre adultos y chiquilines, me han ayudado a ser feliz.

Espero yo también, haber sido motivo de felicidad, al menos para algunos.

El tiempo ha sido poco y pocas las oportunidades de compartir la vida con los chicos. Con la mayoría hemos intercambiado poco más que los saludos mañaneros en la puerta, cuando todavía no estamos bien despiertos.

Sin embargo, cinco meses han sido más que suficientes para volver a descubrir que Dios no sólo permite los cruces de caminos, respetando nuestra libertad de andar en distintas direcciones, sino que Él mismo los favorece, porque en el cruce de nuestras vidas es donde tenemos la oportunidad de encontrarnos cara a cara. Y es en el encuentro, donde cada uno puede ser para el otro, aquel a quien Dios envió para ayudarlo a ser feliz.

Claro que, saber cómo hacerlo, no es tarea fácil. No alcanza con señalar la meta, con indicar objetivos ni con tener claro el deber ser, porque educar es acompañar un camino... Es acompañar tantos caminos como chicos existan. Cada tiempo, cada lugar y cada persona son únicos y tienen mucho de desconocido y de sorpresa.

Por eso, para finalizar, quiero compartir con ustedes una oración que hice en aquellos años y que, desde entonces, rezo con mucha frecuencia. Puede ser útil también a aquellos educadores y padres para los cuales los propios alumnos e hijos suelen ser -a Dios gracias- un misterio a reconocer y no una extensión, más o menos previsible, del propio ser y de la propia tarea educativa.

Quizás nos ayude a encontrarlos a su tiempo, a su modo, en su lugar, para acompañarlos desde allí, hacia la felicidad temporal y eterna para la cual Dios los llamó a la vida.

Dice así:

¿Cuándo debo esperar paciente,
y cuándo, provocar el encuentro?
¿Cuál es la distancia exacta

y el momento más prudente?
¿Cuál es el tiempo del silencio
y cuál, el de las palabras?
¿Cuándo un abrazo y cuándo,
apenas, una mirada?
¿Quién soy para ellos?
¿Y cómo debo serlo?
¡Cuánto riesgo me hace falta!
¡Cuánta calma y entendimiento!
Dame, Señor, tu Sabiduría,
en cada sentido y en el alma,
pues amor ya me diste,
¡y me diste tanto!
Pero aún debes enseñarme a amar,
a su tiempo,
a su modo,
en su lugar.
Porque vez a vez,
y a cada corazón,
es uno solo
el camino para llegar.

P. Jorge Antonio Pérez